

Y contó la historia del aparecido. Se vió claro que antes de decidirse á asesinarla, habían intentado deshacerse de ella por el terror ó por la locura. Sin duda habían juzgado que esto, aunque más cruel, era menos peligroso.

—No pienses más en ello—dijo Tom viendo el espanto en los ojos de Kate.—Pronto lo olvidarás todo al lado de mi madre. Por lo pronto necesitas descansar. ¿No tendrás miedo en tu habitación?

—Estando tú cerca de mí—repuso la huérfana con una sonrisa de felicidad—no tengo miedo á nada.

## XXIV

## UN CRUCERO A MEDIA NOCHE

Si alguna vez dos hombres conocieron el espanto de los réprobos, fueron sin duda el viejo negociante y su hijo. Anhelantes, empapados en sudor, desgarrándose las ropas con el ramaje, franqueando á saltos inverosímiles los obstáculos, corrían siempre con el único pensamiento de poner mucha distancia entre ellos y el dulce y pálido semblante de su víctima.

Extenuadas sus fuerzas, siguieron sin embargo á expensas de los nervios, hasta que oyeron cercano el rumor de las olas que se estrellaban en la playa. Entonces se detuvieron en medio de ella.

La luna, brillando entonces con todo su majestuoso esplendor, iluminaba el mar encrespado y la línea rígida de la costa.

A su luz, los dos hombres se miraron cambiando una mirada semejante á la de los condenados viendo brillar las llamas del eterno castigo.

—¡Demonio!—rugió Ezra avanzando hacia su padre con formidable gesto de amenaza.—He aquí adonde nos has traído con tus maquinaciones malditas. ¿Qué vamos á hacer ahora? ¡Responde!

Y cogiendo al viejo por un brazo le sacudió con violencia.

Girdlestone se estremeció convulsivamente, como si fuera á sufrir un ataque de apoplejía, y sus ojos vidriosos giraron espantados en las órbitas.

—¿La has visto?—murmuró con extrañado acento.—¿La has visto?

—Sí, la he visto... Y he visto también á ese condenado de Dimsdale y á Clutterbuck y qué sé yo á cuantos más... ¿En qué abismo nos hemos precipitado?

—Era un espectro... ¡El espectro de la hija de John Harston!

—Era ella misma—replicó Ezra, que aunque aterrado al principio había tenido tiempo, durante la fuga, para comprender la verdad de lo ocurrido.—¡Hemos hecho un elegante negocio, como tú decías!

—¿Ella misma? Por Dios bendito, Ezra, piensa bien lo que dices. ¿Quién era, pues, la que hemos transportado á la vía?

—Esa desatentada celosa de Rebeca Taylforth; ¿quien ha de ser? Debió leer mi carta y salió con el abrigo y el sombrero de la otra, ¡la muy idiota!

—La hemos confundido, pues—murmuró Girdlestone en voz baja, con la misma expresión de extravío.—¿Y todo eso por qué? ¿Quién podía esperarlo?

—No pierdas el tiempo en murmurar sandeces. ¿No comprendes que nos persiguen y que si nos cogen seremos colgados? ¡Sacude esa inacción estúpida! ¡No hay duda que la horca sería un final digno de tus predicaciones y tus plegarias!

Y emprendieron de nuevo la carrera, resbalándose en los guijarros, enredándose entre los montones de algas arrastradas por el mar.

El viento se había hecho tan fuerte, que tenían que marchar con la cabeza baja, empujando con los hombros y recibiendo en la cara una llovizna salada que les quemaba los labios y los ojos.

—¿Adónde me llevas, hijo mío?

—A la única esperanza de salvación. Sigue adelante y no hagas más preguntas.

A través de la obscuridad brilló débilmente una luz. Evidentemente, ella era el objetivo que Ezra trataba de alcanzar.

Al acercarse, Girdlestone reconoció el sitio. Estaba ante la cabaña de un pescador llamado Sampson, á una milla próximamente de Claxton.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó el viejo viendo á su hijo adelantarse hacia la puerta.

—No pongas cara de desenterrado—replicó Ezra colérico.—No hay peligro si nos presentamos tranquilos.

—No temas; puedes confiar en mí.